

APUNTES

— 24 —

5 de Diciembre de 1935

La muerte del invierno

En un sillón raído está sentado un viejo;
el tabaco encendido, con apacible deajo,
transfórmase en ceniza en su huesosa mano;
há rato que a los labios no lleva aquel habano;
talvez algún recuerdo le llama y le adormece,
talvez en ese instante su espíritu se mece
en una red de ensueños que animan esa historia
de sus mejores años en que buscó la gloria.

¿Duerme, o medita el viejo de faz ennoblecida?

¿Medita en la tristeza de abandonar la vida
y acercarse a la noche, desfalleciente y lerdo?

¿O evoca en la borrosa penumbra del recuerdo,
el alma saturada de extrañas agonías,
expectros de nostalgias, perfume de alegrías...

algún laurel ganado bajo propicia suerte,
o algún lejano idilio que se llevó la muerte?

De pronto aquel silencio solemne se conturba;
de voces infantiles una agorera turba
anima aquel semblante donde el olvido impera,
y dos hermosas niñas de rubia cabellera
penetran en la estancia... y con flexibles lazos
como a la ceiba añeja lo estrechan en sus brazos
y parece el anciano de mejillas rugosas
como un jarrón antiguo coronado de rosas.

JOAQUÍN ROCA.

La confesión del gran sabio inglés Sir Arthur Keith

Este artículo lo publicámos por primera vez en noviembre de 1930

Tomámos la parte negativa de las declaraciones publicadas en el *Daily Herald* de Londres. En filosofía y en sociología —y en muchos otros campos— el trabajo *negativo* de un gran pensador es siempre el más interesante.—E. J. R.

Allá, en lo más hondo del corazón, encuentro una repugnancia extraña para escribir mis convicciones íntimas relativas a Dios, el Hombre y el Universo.

Tal repugnancia es quizá debida a haber nacido yo en Escocia y a mi educación presbiteriana. Puede que también contribuya a ella el hecho de haber ya pasado los 63 años y de haber adquirido un cierto grado de buen juicio. Su explicación real es más profunda: es el temor—o la cobardía, si ustedes lo prefieren.

Pero estoy decidido a ser absoluta y resueltamente honrado conmigo mismo y con quienes me leen. Sé que escandalizaré a muchos, pero tengo la esperanza de que mi confesión sirva de consuelo a otros.

Mis padres eran religiosos de palabra y de hecho. Fui educado conforme a la Biblia. Dos veces por domingo, los sonidos de la campana de una «iglesia libre» llegaban, a través de un valle campestre, hasta nuestra habitación, situada en el condado de Aberdeen, en Escocia, y nos invitaban al culto.

Escuchábamos la predicación de un pastor, hombre sincero, celoso y cultivado. Predicaba la doctrina de la salvación por Cristo. Si creíamos en El y si aceptábamos sin reservas la revelación del Nuevo

Testamento, nuestra seguridad en la otra vida estaba garantizada.

En esa época no tenía yo la menor duda de que la existencia del otro mundo fuera un hecho probado.

El cielo estaba en la gloria de las nubes y el infierno yacía en las entrañas sulfurosas de la tierra.

No me cabía duda alguna acerca del Antiguo Testamento: lo creía literalmente exacto desde el comienzo hasta el fin. Constituía él la historia auténtica del mundo: Dios había creado la Tierra, Adán era el primer hombre y Eva la primera mujer.

Había ciertos términos bíblicos cuya representación mental me era penosa. El *pecado*, por ejemplo, y en particular el *pecado original*. El *espíritu* era otro de esos términos. Así, cuando yo leía que «Dios es un espíritu infinito y eterno», ninguna imagen visual se materializaba en mi cerebro. Mas cuando se trataba de Dios Creador, de Dios Padre, del Dios de Abraham, del Dios que habló cara a cara con Moisés en el Monte Sinaí, el resultado era enteramente distinto. Yo podía figurarme ese Dios, aunque moldeándolo demasiado (!) en el tipo humano.

En cuanto a la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, jamás he podido comprender su significación. Aun hoy, cuando oigo esas dos palabras caer de labios de un eclesiástico, en vano ensayo de formarme una idea de la imagen que él tiene en su mente.

Tales eran los puros y simples elementos de mi fe cuando me convertí en estudiante de medicina en la Universidad de Aberdeen.

Comencé mis estudios en una época en que el darwinismo conquistaba al cuerpo de profesores ingleses. Nuevas perspectivas se abrían; una nueva historia de la tierra se escribía.

